



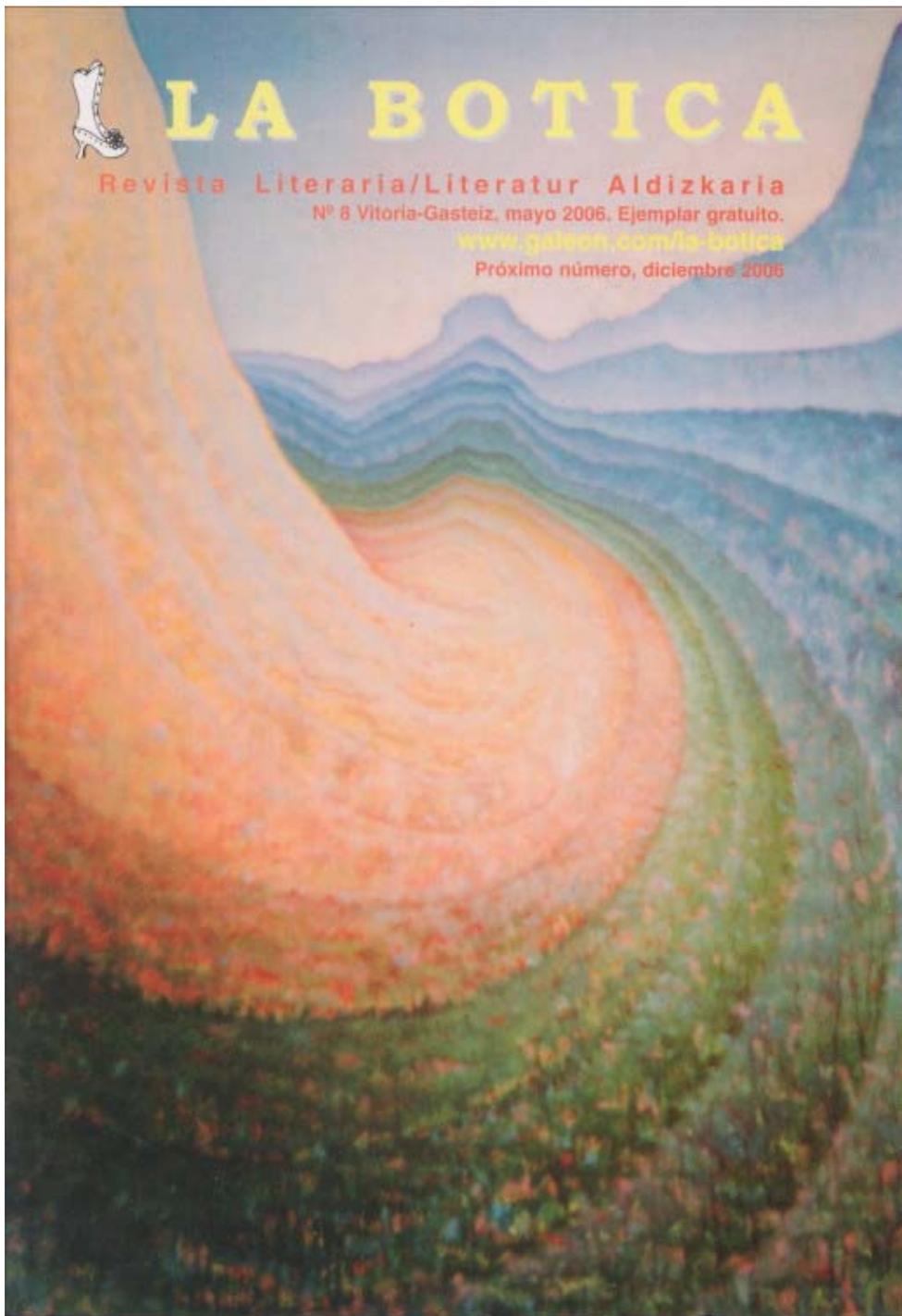
LA BOTICA

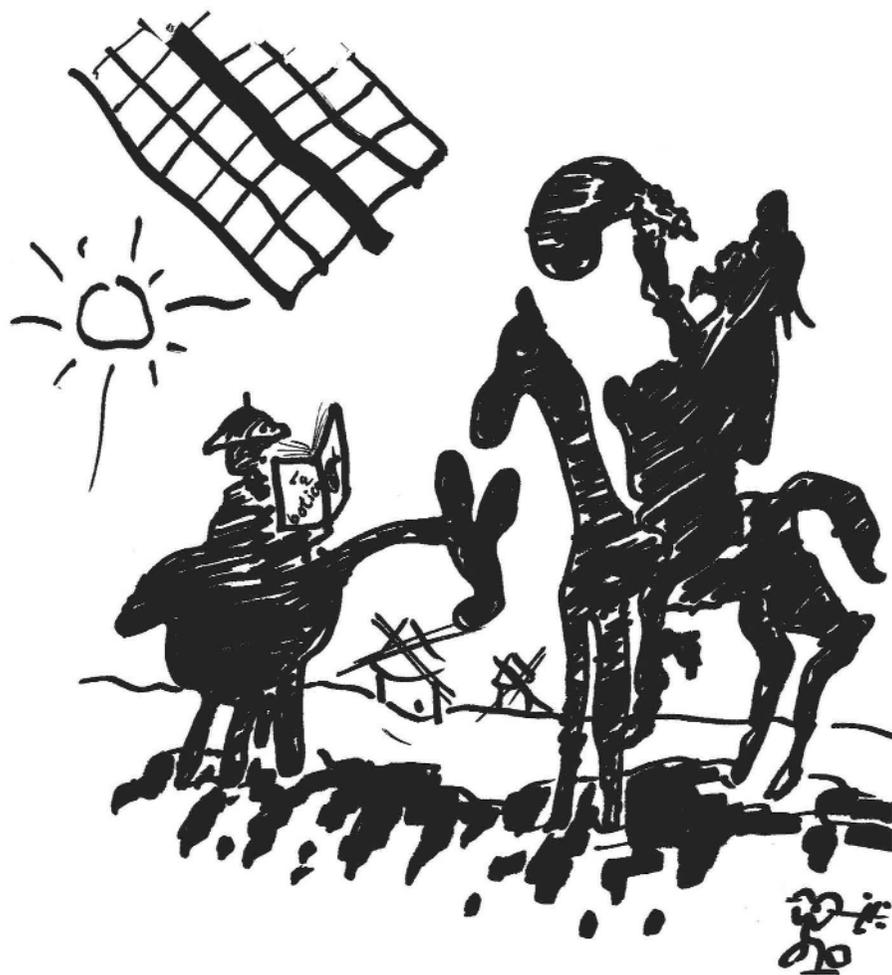
Revista Literaria/Literatur Aldizkaria

Nº 8 Vitoria-Gasteiz, mayo 2006. Ejemplar gratuito.

www.galeon.com/la-botica

Próximo número, diciembre 2006





CREADORES E ÍNDICE

Portada.....	Ángela Silva (<i>Sueño de un paisaje</i>)
Contraportada.....	Anabel Quincoces (<i>Glass Escape 9</i>)
Bota de vino y botica interior <i>Don Quijote</i>	Rosa Arcediano Salazar
Editorial	3
Rosa Regàs.....	4
Toti Martínez de Lezea.....	10
Patxi Zubizarreta.....	13
Laura Marinas.....	15
Javier Cifuentes.....	16
Íñigo Díaz de Otazu Arregui.....	21
Jorge Girbau Bustos.....	23
María José Mielgo.....	27
Adolfo Vásquez Rocca.....	29
Diego Ortiz de Landaluce.....	33
Luis García Angulo.....	34
Nerea Gallastegi.....	35
Loli Quintana.....	36
Arantza Guinea Fdz. de Retana.....	39
Rafael Moriel.....	40
Íñigo (Izar Iluna).....	42
Valeria Marcon.....	44
Elena Zudaire.....	46
Ramón Pizarro de Hoyos.....	49
Inaxio Lopez de Arana.....	51
Isabel Mellén.....	53
Carmela Vicente.....	54
Adolfo Marchena.....	55
Plácido Pignataro.....	57
Mario Meléndez.....	58
<i>Alternativas Literarias</i> (El cine, luces y sombras del siglo XX), Gorka Tirado.....	59
<i>Página solidaria</i>	64

Gracias a vuestras colaboraciones se hace posible editar esta publicación. Que no desesperen y sigan enviando quienes no hayan publicado en el presente número. «La Botica» tiene 64 páginas, pero el tesón siempre obtendrá su fruto.

EDITORIAL

UNA COSA

Jamás prestes libros. Tampoco discos. Ni siquiera a tus mejores amigos.

Máxima: *siempre ocurre lo mismo. O parecido.*



«La Botica», revista literaria, son:
**Dirección, redacción, composición, maquetación, distribución
y página web:**
Rafael Moriel, Jorge Girbau Bustos.



Monográfico interior: «El cine, luces y sombras del siglo XX».

Depósito legal: VI-38-02 • Tirada: 3.500 ejemplares.

Enviad vuestras colaboraciones en texto y disquette al **apartado de correos 511 de Vitoria-Gasteiz**, o bien, por correo electrónico. Números atrasados, descargar de la web.

«La Botica» no se hace responsable de los contenidos que los autores tratan en sus textos.

e-mail: estoyenlabotica@yahoo.es
página web: www.galeon.com/la-botica

«La Botica», revista literaria, Vitoria-Gasteiz, mayo 2006

Si decides deshacerte de tu ejemplar de «La Botica», utiliza los contenedores de reciclado para el papel. El mundo entero lo agradecerá.

Quienes estén interesados en participar en recitales literarios y otras actividades organizadas por «La Botica», que nos lo hagan saber; vía carta, vía e-mail.

*Este número de «La Botica» está dedicado a la memoria de Margarita Fuenturbel Arnaiz,
«Marga».*

LA HIJA DEL PENAL

ROSA REGÀS

A Cisca, in memoriam

*La hija del penal
me llaman siempre a mí
porque mi padre es el carcelero.
Jamás perdí el amor
que un día conocí
junto a las penas
de un prisionero.
Estaba preso sí
porque mató a un traidor...*

O í esta canción durante toda mi infancia. Venía siempre de las

cocinas junto al patio de luces de la casa de mis abuelos durante las largas mañanas, húmedas y silenciosas en que la casa dormía aún. De todos modos la voz de la canción a nadie habría despertado porque aquellos ancianos, el resto de una familia que había sido numerosa, y las dos hijas solteras que les iban a la zaga, se movían a otras horas más tardías y en espacios amplios volcados a las calles lustrosas que los barrenderos habían dejado limpias de escombros y de miseria. La voz junto al patio de luces nunca habría podido alcanzar aquellas habitaciones espaciosas, alfombradas, donde la luz entraba tamizada a través de cortinas de terciopelo y visillos de espuma que el aire movía con parquedad cuando se entreabrían balcones para despejar los vahos de la noche, el aire espeso que habían dejado los jadeos y ronquidos del sueño y aquel olor a cuerpo que las criadas se afanarían en hacer desaparecer compitiendo con el aire que venía de la calle. Ella, Francisca, entretanto cantaba. Cantaba igual que lo había hecho en su juventud, muchos, muchísimos años antes cuando vivía en el pueblo de la montaña del que salió un oscuro amanecer con un hatillo de ropa en la mano y la vergüenza oculta en las mejillas y en el corazón sabiendo que el desamparo no tenía más camino que el que la conducía a esa casa de la ciudad desconocida aún, donde no habría el olor a humedad de la tierra ni rumor de las hojas de los árboles como el que ella oía desde la ventana, como sería el rumor del mar que nunca había visto, cantos de

jilgueros y de alondras que se tornarían graznidos de palomas cuando llegara a las calles de esta ciudad que de todas maneras no acabaría nunca de conocer desde el cuartucho interior donde sin saberlo entonces habría de dormir todos los días que le quedaban de vida.

La casa donde iba a servir se la había procurado el cura del pueblo cuando supo en confesión la naturaleza de su pecado previendo, puesto que él mismo las provocaría, las consecuencias de su embarazo no visible aún. Fue él quien le pagó el billete desde la lejana estación de tren hasta la ciudad, pero nadie la acompañó los treinta kilómetros que ella no sabía entonces medir más que en horas de camino, solitaria, llorosa, con el frío del alba en el alma huyendo de su mundo, de su calle, de su casa y de su madre para evitarles la afrenta que el cura había prometido transformar en el deseo desbocado, casi la necesidad imparable, de una joven muchacha que quiere abrirse camino en la vida y no convertirse en un peso para los suyos, en otra boca que alimentar.

¿Fue así como ocurrió? ¿O fue así como el tiempo y la memoria fueron transformando hechos tal vez más desolados aún con el único fin de poder resistirlos, de poder seguir sin que el peso del dolor y la ausencia, del desconsuelo y el desarraigo hirieran todos los momentos del día y de la noche? O tal vez me decía yo cuando al cabo de los años intentaba descifrar aquella lejana historia, esta fue la versión que me dio a mí, que había dejado de ser una niña y podía provocarle ese asomo de confidencia que ella tan pocas veces se permitía. Porque, ¿qué fue de su madre? ¿Y de sus hermanos?

«Nunca tuve hermanos y a mi madre y a mi padre apenas los recuerdo ya. Soy muy vieja, chiquilla». Así respondía haciendo como que, tras tantos años, no quería desenterrar a los suyos del reino de los muertos al que la ausencia los había echado convertidos en un amasijo donde se mezclaban los recuerdos con los deseos y los temores, donde apenas era ya capaz de discernir entre una voz y un rasgo de la cara, una sonrisa tal vez o un llanto o la imaginación de lo que debió de haber ocurrido aquella mañana mientras ella caminaba esos kilómetros que no sabía aún contar, y ellos abrieron las ventanas para que entrara la luz del día y supieron con gritos de dolor o con sorpresa quizá, que la niña se había ido. No, no, parecía decir, no quiero ver al cura en la puerta de la casa dándoles la falsa noticia de mi huida. Y yo, a medida que crecía y que comenzaba a comprender ese viaje suyo, me parecía natural que no quisiera volver sobre un pasado que se cerró para siempre llevándose también los besos y los amo-

res bajo las hayas, o en el corral mientras las gallinas dormían, o en la cueva del monte con el frío de septiembre en la espalda a la que llegaba alumbrándose con los restos de la luna en el horizonte. «Sí, tal vez hayan muerto, nunca volví a saber de ellos. Mi tierra, mi pueblo están tan lejos».

*La hija del penal
me llaman siempre a mí...*

«Siempre cantas la misma canción, Francisca»
«Es la canción que conozco».

Porque mi padre es el carcelero...

Francisca había llegado a la casa de mis abuelos un lejanísimo día de 1910 cargada con su barriga incipiente, el secreto guardado en la familia que la esperaba para que alimentara, cuando se vaciara, no sólo al hijo que llevaba en el vientre sino al que llevaba en el suyo mi abuela que ya entonces apenas tenía salud, le dijeron. Nacieron los niños con un mes de diferencia que a ella le dio tiempo de amamantar al suyo con fruición como para tenerlo ahíto cuando la necesitara el otro que, Dios mío quién me lo hubiera dicho, habría de ser tan suyo como el primero.

«Y ¿qué había de hacer, chiquilla?, eran tiempos malos. Aquí tenía qué comer y donde dormir y nunca me ha faltado de nada. Ni a mi hijo tampoco. Los señores se ocuparon de él que creció sano y fuerte, aunque no tanto como para no sucumbir como tantos miles de hombres y mujeres a la gripe de 1918, aquel año que me quedó grabado en la memoria, a mí que ni sé leer ni conozco los números, ni podría decir cuánto tiempo hace de todo aquello porque mis medidas no son las del tiempo sino sólo las del dolor».

«¿Porqué mueren los pobres? ¿Por qué las epidemias los atacan a ellos, y los terremotos y las riadas y los rayos que caen en el monte, y la guerra y el hambre? ¿Por qué?»

«También los ricos caen, Francisca», decía mi voz avergonzada de pertenecer a la otra orilla y me habría gustado tener el valor de decirle también que la muerte nos iguala, que no hay rico que la resista porque lo mismo llega para los unos que para los otros. Pero no lo dije, movida por un atávico sentimiento de presagio inminente según el cual sólo existe lo que se nombra. Ella debió de comprenderlo porque, como respondiendo a

mis palabras ciegas, añadió: «Sí, pero siempre después de una vida distinta, aunque ¡qué más da!. Lo único que importa es el presente y nosotros nunca lo tenemos».

A lo largo de los años fueran escasas las veces que me abrió su alma con palabras que jamás tuvieron resentimiento sino únicamente la dicción de quien está hablando de lo que conoce. La realidad diríamos nosotros, o habría dicho yo entonces que ya iba a la universidad y comenzaba a debatirme entre la filosofía y el compromiso, y estaba aprendiendo a indagar en las vidas de aquellos que en la sociedad donde yo vivía no contaban más que como manos y esfuerzos para producir lo que nosotros debíamos disfrutar. Es la lucha de clases, me decían los del curso superior, y esto no tiene más camino que la revolución.

«¿Qué hacías en tu pueblo, Francisca?» le preguntaba yo como quien investiga la vida de los pueblos. Y ella respondía siempre lo mismo: «El campo, la huerta que se helaba en invierno, el bosque, las ovejas, la vaca de mis abuelos, la leña, la nieve y el frío, siempre el frío. Esta es la vida del campo».

«Pero ¿y en verano?»

«En verano calor, sol durante horas, sudor y cansancio y la esperada lluvia cuando en el cielo aparecía una nube».

Era una mujer bajita, de cuerpo redondo aunque ágil y con el pelo blanco recogido un moño en la nuca. Llevaba un delantal blanco por las mañanas y negro por las tardes, que le cubría la totalidad una larga falda que le daba el aire de una campana. Siempre la había visto igual, incluso cuando yo era una niña y me sentaba en la cocina a oírla cantar, como si su figura y su rostro de ojillos menudos hubiera cristalizado en la imagen de la fidelidad a una familia que iba envejeciendo al margen de ella misma, un dibujo salido de las páginas de un manual de moralidades o de un cuento de buenas costumbres. La vida le había dado su aspecto definitivo hacía muchos años como si una vez redondeada su figura se hubiera olvidado de ella, y la hubiera dejado así acabada para el resto de sus días, sin una arruga de más, ni una cana, ni un centímetro añadido a su cintura redonda, ni siquiera un paso más lento o una vena más oscura en sus manos pálidas. Y no fue hasta muchos años después cuando supimos que el cambio se había cebado en sus ojos que siempre tuvo húmedos por una media lágrima suspendida en el rabllo rojizo. Yo ya la veía poco, ocupada en mi trabajo de Profesora en el Instituto y en los hijos que apenas me dejaban un día libre. Pero al cabo de los años fui un día a la casa de los abuelos a ver

a las tías que iban encaneciendo y envejeciendo a la sombra de los cortinajes de aquella casa casi vacía y cada vez más depauperada por el polvo del tiempo, y la encontré en la cocina sentada en una silla baja de anea con las manos sobre las rodillas en una actitud de dejarse llevar por las horas. Me miró sin verme. Sus ojos ciegos siguieron el rastro de mi voz y sonrió de nuevo igual que lo hacía siempre. Sentí la timidez por mi propio aspecto convertido en un cuerpo adulto y desconocido aunque ella no pudiera verlo, pero algo en su expresión me decía que no necesitaba de la vista para saber en qué me había convertido.

«Canta tu canción, Francisca», le dije ocupando una silla a su lado. «Llevo mucho tiempo sin oírla».

Ella no se hizo rogar, y volviendo la mirada ciega hacia el paisaje de su pueblo se enfrascó en esa historia de la hija del penal que debía de haber cantado mil veces en esa misma cocina oscura y antigua desde donde había visto nacer y crecer a su hijo y a mi padre, donde los había visto partir cada cual a su destino, donde había oído los bombardeos de una guerra de la que sólo comprendió el dolor y cuyo final, hacía ya treinta años, no había cambiado un ápice sus costumbres ni el hilo de una vida que debió detenerse aquel amanecer borroso y lejano de su partida del pueblo.

*La hija del penal
me llaman siempre a mí
porque mi...*

Como si le fallara la memoria volvió a comenzar:

*La hija del penal
me llaman siempre a mí,
porque mi padre es el carcelero...*

«¿Quién te enseñó esta canción?»
«Siempre la he sabido, me parece, no recuerdo»
«¿Había cárcel en tu pueblo, Francisca?»

Una luz en su piel añosa y un resplandor en sus ojillos de párpados entornados. Su mano se desplazó buscando la mía y cuando la encontró se detuvo en ella pasándome un estremecimiento de calor y suavidad.

«Sí, mi niña, una cárcel en el torreón del castillo».

Ya no recuerdo el año en que murió. Fui a verla pocos días antes

porque una de mis tías me mandó recado de que estaba enferma. Entré en su cuarto por primera vez en toda mi vida. Era un cuarto interior con una ventana que daba a la escalera de servicio que en otro tiempo debió haber sido la escalera de una casa contigua. Había una silla de madera a modo de mesilla con un vaso y una cuchara que alguna de mis tías debía haberle traído o tal vez la nueva asistente, un armario con patas junto a la puerta y en el techo una bombilla. Las paredes tenían ese tono pardo y apagado que al tiempo tanto le gusta impregnar los muros y las telas. Y ella, más blanca que las ordenadas sábanas y colcha con la que se cubría, ocupaba tan poco lugar que los pies apenas le llegaban a la mitad de la cama.

No cantó La hija del penal, le faltaba la voz y en los ojos casi cerrados había finalmente una voluntad de dejarse acabar. Quise preguntarle por esta historia suya que nunca supe descubrir pero ni siquiera entonces, convencida como estaba de que no volvería a verla, tuve el coraje de extraerle un secreto, la única verdad que se me había hecho evidente con los años. Besé sus mejillas un tanto rugosas antes de irme y la dejé en la oscuridad de su habitación y de la vida que se le apagaba, quieta, silenciosa como había estado siempre, sosteniendo aún en el recuerdo el hilo de una historia que acabaría finalmente, igual que ella, sumergida en el oscuro ámbito del olvido.

*La hija del penal
me llaman siempre a mí
porque mi padre es el carcelero.
Jamás perdí el amor
que un día conocí
junto a las penas de un prisionero.
Estaba preso sí
porque mató al traidor
que de su hermana el honor
vengara...
La hija del penal...*

LITERATURA Y MUJER

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

Las mujeres no deberían aprender a leer ni a escribir, a menos que vayan a ser monjas, puesto que mucho daño han causado ya tales conocimientos. Aunque esta joya de la oratoria la escribió el moralista Felipe de Novara y se quedó tan tranquilo, muchos otros hombres importantes la subscribieron antes y después de él, aunque, en honor a la verdad, hay que decir que también hubo otros, los menos, que apoyaron firmemente el derecho de la mujer a la enseñanza. De todos modos, el uso habitual dependía de las clases sociales. Las familias ricas educaban a sus hijas en las letras, el latín, la música y los bordados. Las clase burguesa además de lo relativo a la costura, también les enseñaban algo de letras y números, lo suficiente para llevar la casa y no dejarse engañar. En las clases campesinas y artesanales las niñas aprendían de sus madres a trabajar desde la salida del sol hasta su puesta. Únicamente las religiosas se salvaban de la práctica común y se ha llegado a asegurar que muchas mujeres prefirieron encerrarse en un convento para poder aprender lo que les era vetado como esposas y madres, para poder estudiar filosofía, teología, historia, ciencias naturales, leer y escribir -aunque aquí también había clases porque no todas las monjas gozaban del mismo status dentro del convento.

Oigo decir, a veces, que la literatura «femenina» está de moda, que ahora las mujeres escriben, y sonrío. **Safo**, nacida en Mitilene, en la isla de Lesbos, la más grande poetisa griega de todos los tiempos vivió en el siglo VI a.C. y creó una escuela en la que las jóvenes aprendían música, mística y poesía antes de su matrimonio y gozó de un respeto y aprecio extraordinarios. Esta Safo ha sido reiteradamente confundida con una cortesana de igual nombre, nacida en Eresos, también en la isla de Lesbos, a la que se le atribuyen los escándalos achacados a la poetisa.

Además de otras poetisas griegas y romanas, existen autoras como **Hugeburca**, que en el siglo VIII escribió unas vidas de santos o **Dhouda**, que en el siglo IX escribió un manual de setenta y tres capítulos de consejos morales y religiosos para su hijo. En el XI, **Murasaki**, una viuda entregada por su padre como concubina a un emperador japonés, escribió la primera novela que se conoce en el mundo, «El cuento de Genji». El idioma oficial de la corte nipona en aquella época era el chino y las mujeres tenían prohibido utilizarlo. **Murasaki** escribió en japonés y su novela aún se lee. En el siglo XII, **Hildegarda de Bingen**, hija de un conde alemán que la entregó a la Iglesia a los siete años, fue emparedada durante varios años junto a una anciana beata, sobrevivió y fundó varios monasterios. Además de consejera de reyes y papas, introdujo la polifonía en los cantos religiosos y compuso la primera ópera que se conoce; dejó manuales de medicina, farmacología, historia natural y teología y escribió poesías, biografías y autos sacramentales; es decir, teatro. **Marie de Francia** fue autora de fábulas y sonetos en el siglo XII. En la Italia a finales del siglo XIV, **Cristina de Pizan** escribió, entre otras muchas, una preciosa obra titulada «La Ciudad de las Damas», en la que defiende el derecho de la mujer a la educación y a la igualdad de oportunidades. Nada nuevo puede añadirse a lo ya escrito sobre **Teresa de Ávila** inigualable escritora mística que vivió en el siglo XVI. También en ese siglo **Mira Bai**, poetisa india, fue procesada por desafiar las reglas sociales y **Margarita de Navarra** dejó escrito, entre otras obras, su delicioso «Heptameron».

La voz escrita con letra de mujer está presente a lo largo de la historia de la literatura, aunque haya quedado relegada al estudio de investigadores y expertos. La lista es larga y rica en todas las latitudes, en todos los países, en todas las lenguas, hasta llegar a la explosión del siglo XX, pero merece la pena recordar a aquéllas mujeres que, alejadas del aprendizaje de las letras, de las universidades y de los centros del saber, fueron capaces de plasmar sus ideas y sentimientos en palabras que todavía asombran por su belleza y su contenido.

*«Me gustaría que mi caballero yaciera
desnudo entre mis brazos al caer la noche,
que se extasiara
cuando yo recostara su cabeza contra mi pecho
Hermoso amigo, encantador y bueno,
¿Cuándo podré tenerte en mi poder
y tenderme junto a ti durante una hora
y darte besos de amor?
Sabes que daría casi cualquier cosa
por tenerte en el lugar de mi marido,
pero sólo si tu juras
hacer todo lo que yo quiera».*

Estos versos los escribió **Beatriz de Díaz**, en el siglo XII, hace más de 800 años, ¡que se dice pronto!

En Euskal Herria, al igual que en otros pueblos antiguos, antes de escrita, la literatura fue oral y -aparte de algunos versos anónimos anteriores- los primeros «autores» conocidos fueron mujeres: **Emilia de Lastur**, **Santxa Hortiz de Oro** y **Santxa Otxoa de Ozaeta**, quien cantó en el siglo XV una famosa endecha tras la muerte de su marido a manos de los enemigos de su casa:

*Oñetako lur au jabilt ikara,
Lau aragiyok berau bezala.
Martín Báñez Ibarretan il dala...
Artuko dot esku batean gezia
Bestean ausi iratx egurra
Erreko dot Aramayo guztia*

(«Me tiembla la tierra / y tiemblo por los cuatro costados / Que ha muerto Martín Báñez en Ibarreta / Cogeré el dardo en una mano / y en la otra una tea encendida / abrasaré toda Aramaiona»).

No hay modas, sino posibilidades. No es que ahora haya más escritoras que antes, sino que ahora, al igual que en otras actividades profesionales y artísticas, las mujeres escriben y se les lee.

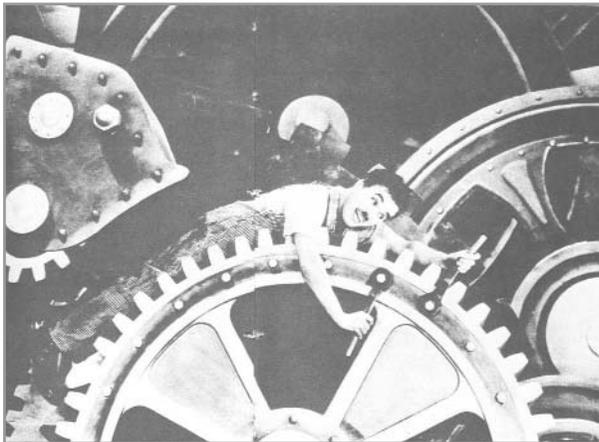
POSPOLOAK**PATXI ZUBIZARRETA**

URTEKO AZKEN GAUA ZEN, gabon zaharra alegia. Hotz

egiten zuen, hotz handiegia, eta neskatila bat hanka hutsik zebilen, izoztua, gosetua, eskuetan pospolo batzuk salgai zeramatzala. Baina pospolo bakar bat ere saldu ez, etxera itzultzen ausartu ez, eta kaleka batean babestu zen. Han, hormaren kontra eseri eta, hotzaren hotzez, pospoloak piztea erabaki zuen. Lehendabizikoak berogailu baten ondoan zegoela sentiarazi zion, bigarrenak mahai bat janariz betea ikusarazi, hirugarrenak gabon zuhaitz bat bete opari imajinarazi... Baina zuhaitza, mahaia eta berogailua hurrenez hurren desagertu zitzaizkion pospoloak itzaltzearekin batera. Orduan begirada zerura altxa eta izar iheskor bat bistatu zuen. Amonak esana zionez, izar bat erortzen den bakoitzean, arima bat igotzen da zerura. Baina gehiago pentsatzeko betarik izan gabe, laugarren pospoloa piztu eta haren argitan nor eta amona bera agertu zitzaion, amona zena. «Eraman nazazu zurekin!», oihu egin zion neskatxak. Eta amona zuhaitza, mahaia eta berogailua bezala desagertu ez zedin, bosgarren, seigarren eta gainerako pospolo guztiak piztu zituen. Amona orduan eder baino ederrago azaldu zitzaion eta neskatila zerura eramane zuen, hotz, gose eta beldur gabeko tokira alegia. Urte berri egunean neskatila baten hilotza topatu zuten, irribarrea ezpainetan, ondoan pospolo erreka zituela. «Berotasuna bilatuko zuen gajoak», esan zuten, baina inortxok ere ezin izan zuen imajinatu zer nolako argitasuna, zer nolako berotasuna sentitu zituen hark gabon zaharreen.

AHAZTU SAMARTUA IZAN ARREN, denok dakigu aurreko ipuin hori Hans Christian Andersen idazlearen Pospolo saltzailea dela. Kontatzen digun pasadizoa hunkigarria da eta guregandik kanpora begiratzeko deia egiten digu, hanka hutsik, esku hutsik daude-

nak aintzat har ditzagun. Baina hori bezain garrantzitsua da gure baitara, gure barnera begiratzea edo, beste modu batez adieraztearren, geure buruari ere kontu egitea. Hori Andersenek ez, baina Laura Esquivel idazleak gogorarazi zigun Como agua para chocolate nobela zoragarrian. Haren esanetan, pertsona bakoitzak pospolo kaxa bat darama bere barnean, eta pospolo horiek piztuko badira nahikoa da konpainia atsegin bat, afari goxo bat, laztan bat, doinu bat, liburu bat... Pospolo horientzako txinparta pizgarria aldatu egiten da pertsonatik pertsonara, eta bakoitzak aztertu beharra dauka nola pizten duen bere baitako sua. «Bizi ahal izateko, pertsona bakoitzak deskubritu egin behar du zerk pizten dizkion barne pospoloak, izan ere sortzen den su horrek arima janaritzeko balio dio. Arriskutsua izan daiteke norberak bere txinparta pizgarri horiek garaiz ez deskubritzea, izan ere pospoloak umeldu eta berriro sekula ez pizteko moduan gera daitezke.»



«*Tiempos Modernos*», de Charles Chaplin. EEUU, 1936.

POEMA

LAURA MARINAS

Un verso no me deja dormir.

*Me pincha alguna arista
—garbanzo de princesa
bajo siete colchones—.
Me obliga a revolverme
inquieta y desvelada,
machacón me recalca
las sílabas exactas:
del revés, del derecho,
a luz y a contraluz,
hasta que acaba
fluyendo en tinta
sobre un papel ajado,
remojo imprescindible
para que luego quede
una textura tan cremosa
que se pueda aplastar
por un suspiro
y cesen los bostezos.*



«Le cinématographe
Lumière». Francia, 1898.

UN DÍA CUALQUIERA

JAVIER CIFUENTES

Un día cualquiera salí descalzo por la puerta de mi casa. Era un día que no tenía nada de especial, aunque había nacido ciertamente caluroso; incluso sofocante. Pero no era ése el motivo de mi «extravagancia», por llamarla del modo más convencional. Tampoco es que quisiera llamar la atención por una causa noble, como el intentar solidarizarme con el tercer mundo, por ejemplo. No; no pasaban esas ideas por mi cabeza cuando pisé descalzo la acera de mi calle. Ahora que lo pienso y, sin ánimo de analizarme, que para eso están los sicólogos, mi mente se encontraba en un estado que se podría definir de extremo vacío. Sí; es que sencilla y llanamente, no quería pensar en nada. Andaba por calles concurridas en donde la gente me observaba curiosamente. Yo también los observaba, a la vez que sonreía, porque estaba contento por andar sin ataduras. Y no es que quisiera servir de ejemplo para nadie. Lo único que tenía claro en esos instantes de placer es que yo era yo, y los demás no me importaban. Tampoco tenía ningún sentimiento de superioridad sobre esa gente que me miraba atónita y con gesto de incredulidad. Era más bien un sentimiento de fuerza interior, convencimiento casi visionario de una persona que ha visto su propia muerte y resurrección en una nueva vida y que nada tiene que ver con la pasada recientemente; un renacer lleno de ilusión, porque la vida es un juego de niños; un pasatiempo pleno de disfrute. Y no sé por qué razón, yo me sentía afortunado por contar con una segunda oportunidad. Y por eso daba con mi actitud gracias a todo lo que me rodeaba. Mi visión de las cosas y personas había cambiado, se me mostraban desde un punto de vista hasta ahora no imaginado para mí. Si eso es la felicidad, yo era un hombre feliz. Ahora que ha pasado más tiempo, lo puedo afirmar.

No obstante, no estaba el horno para bollos cuando llegué de esta guisa a la oficina donde trabajo. El resto de mis compañeros andaban alborotados por causa de uno de los múltiples cabreos del jefe. Al parecer, no era el mejor día para andar descalzo por la ofici-

na; y encima llegaba tarde a la hora de fichar. El semblante de asombro con que fui recibido demostraba muy a las claras la incredulidad de mis colegas ante la visión que tenían enfrente, y que contrastaba con la idea que tenían de mi persona, fruto de años de trabajo en común. De todas formas, les sonreí a todos dándoles los buenos días, me dirigí hacia mi mesa de trabajo, y me senté cómodamente esperando la anunciada llegada de mi jefe.

Como era previsible, éste hizo su aparición al poco tiempo. Entró dando gritos acompañados de gestos airados que provocaron el enmudecimiento del resto de mis compañeros. Con mi mejor sonrisa le di los buenos días; y su contestación, que se presumía agresiva, se vio turbada de tal forma por lo inesperado de mi conducta, que no pudo sino balbucir un *buenos días* con tono quedo. Conseguí amansar a la fiera en un primer momento, pero suponía que mi jefe intentaría contraatacar para no perder el prestigio delante de todos sus subalternos. La segunda oleada de ataque vino precedida de un puñetazo de mi jefe descargado sobre mi mesa de trabajo. Sin perder la compostura le miré extrañado, intentando hacerle ver lo inadecuado de su comportamiento. «Nada excusa que una persona pierda los papeles y veje a otro ser humano, solamente porque se crea superior», le espeté mirándole fijamente a sus ojos. Confundido, y viéndose acorralado por mi franqueza, se dio media vuelta en dirección a su despacho.

Después de batirme en este duelo verbal con el jefe, recogí las pocas cosas personales que guardaba en los cajones de mi mesa y las fui amontonando en una bolsa de plástico que tenía en el bolsillo del pantalón. Un compañero de oficina que me miraba con la boca abierta fruto de su incredulidad, me preguntó si es que me había tocado la lotería, o algo parecido, para no tener que trabajar nunca más en la vida. «No amigo; mis motivos son otros y no se explican en pocas palabras. Si te dijera que a partir de ahora voy a vivir nuevamente mi vida, seguro que no lo comprenderías», le contesté a mi compañero de trabajo, intentando hacerme entender.

Salí de mi departamento con la bolsa de plástico en una mano y una carta de dimisión en la otra. Entré en el despacho de mi jefe sin llamar previamente a la puerta, y coloqué frente a él la carta liberadora que rompía mis lazos con una parte muy importante de mi anterior vida. «Sé que no lo comprenderá, pero solamente es por

motivos legales por lo que le dejo esta carta de dimisión. Se la entrego en mano antes de que usted me despida valiéndose de cualquier argucia legal, porque ya sé que la ley siempre está del lado del poder; pero ahora eso no me preocupa; a partir de ahora sólo me preocupa mi nueva vida», fue mi despedida ante un sofocado jefe que no asimilaba lo que estaba ocurriendo.

Salí nuevamente a la calle y me dispuse a pasear sin rumbo fijo por las calles y avenidas de la ciudad. Si algo me guiaba, era mi ansia por descubrir la belleza de las cosas que me rodeaban. Allí donde anteriormente no veía mas que un objeto común y carente de importancia, ahora percibía un detalle de interés que me llenaba de alegría. Simplemente, con que la luz del sol iluminara parcialmente una flor del parque, resaltando su belleza, yo me sentía satisfecho por el giro tan brusco que había supuesto mi determinación de cambiar de vida. «Pero no solamente es un giro en mi visión de las cosas», me decía a mí mismo, «al contrario; ésto no serviría de nada si no fuera acompañado de una asimilación interior que me haga comprender todo de un modo diferente». A partir de este pensamiento los sentidos tomaban un papel muy importante en mi nueva etapa; pero todo sería inútil si no conseguía llenar de plenitud a mi alma, hambrienta por recibir impresiones que dejaran huella en su mapa; como el montañero que atisba desde la cima el resto del paisaje que se extiende a sus pies y valora en toda su magnitud el esfuerzo realizado por sentirse parte de un todo, que es la naturaleza que lo desborda con toda su magnificencia. Cual colector de impresiones, mi ansia en esos momentos era andar y andar por las calles en busca de tesoros para mis sentidos, y me paseaba descalzo, como si fuera una obligación sentir en mis pies todo el contacto, agradable o no, que pudiera soportar.

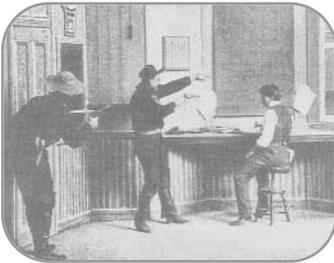
Paseando y cavilando, me encontré de repente con un pobre que permanecía sentado a la entrada de un supermercado. Miré su mano extendida con unas pocas monedas de escaso valor como fruto de su jornada de trabajo y, sin pensármelo mucho, le ofrecí todo el dinero que llevaba en esos momentos en mis bolsillos. El hombre, que hasta ese instante no se había dado cuenta de mi presencia, me estudió sorprendido con una mirada de abajo hacia arriba. «¿Pero usted por qué me da dinero si anda descalzo por la vida?», me preguntó con seriedad el mendigo. «¡Ande, ande!; coja su dinero y cóm-

prese unos buenos zapatos, que no está el tiempo para jugar con él; salvo que quiera coger un resfriado que lo lleve al otro mundo». «No se preocupe señor», le contesté agradecido por su gesto. «No necesito calzado para el viaje que tengo que hacer. He vivido tanto tiempo protegido por todo aquello que creía importante, que ahora creo que lo que de verdad necesito es vivir a partir de ahora con las menos ataduras posibles». «Usted verá lo que hace, pero a mí me da pena verlo de esa forma, y no me sentiría a gusto aceptando su dinero». Totalmente avergonzado por el gesto del mendigo, me despedí humildemente de él con mi dinero tintineando nuevamente en el bolsillo.

Recién bajado de las nubes, proseguí mi deambular por las calles sintiendo nuevamente las miradas de curiosidad de los transeúntes, clavadas en mi espalda. Andaba y andaba, cuando un coche de policía se detuvo a mi lado. Con gestos airados, que me provocaron asombro, me conminaron a que les mostrara mi documentación. Como comprenderán, si había decidido ir descalzo por la vida, no iba a llevar encima mi documento nacional de identidad. No fue fácil hacérselo comprender a los agentes; tan difícil les resultó el problema al que se enfrentaban, que me vi empujado hacia el interior del vehículo policial sin ningún miramiento. No hubo más explicaciones durante el trayecto que nos condujo a la comisaría. Allí fui recibido con todos los honores por otro policía de más alta graduación, según intuí perspicazmente al ver cómo se cuadraban marcialmente mis anteriores acompañantes. Se me presentó este hombre como el teniente López. Al principio, sus modales correspondieron a su categoría profesional, pero a medida que mi declaración fue confundiendo y creando más lagunas a su ingenio, optó por agriarse su estado de ánimo hasta llegar al insulto personal. «Yo no estoy loco, teniente López», fue mi respuesta ante sus ofensas dialécticas. «Pues si usted no está loco, poco le hace falta para conseguirlo. No tengo más remedio que llamar a su mujer, como única persona de la que usted me da referencias, para que me dé razón de usted y su comportamiento. Como comprenderá, después de su declaración no me queda más remedio si no quiere que lo encierre una temporada». La idea de que fuera informada mi mujer de mi actual situación, no me agradaba de ninguna manera. Cuando salí de casa esta mañana, mi esposa todavía seguía dormida en la cama e ignoraba

mi novedosa determinación. Lo que pensaría cuando me viera en esta circunstancia tan adversa a mis planteamientos iniciales, hasta yo lo ignoraba.

Al poco rato de ser informada por la policía, mi esposa entró por la puerta de la celda, a la que cautelarmente me habían confinado hasta que no demostrase ella mi correcta salud mental. El disgusto por verme en esta delicada situación se hacía evidente en su rostro. Los pormenores del caso, al parecer, se los habían comentado por teléfono, ya que no fue necesario ninguna explicación por mi parte. Sin más preámbulos, mi esposa tuvo una breve conversación con el teniente López, que tuvo un éxito inesperado, desde mi punto de vista, y sirvió para recobrar mi ansiada libertad. Al momento, mi diligente esposa apareció con un par de zapatos viejos como por arte de magia, que me fueron entregados con esta consideración: «Por favor; he hablado con el teniente y sólo ha puesto esta condición para soltarte; pónelos y espero que te valgan, porque son los zapatos de repuesto del propio teniente López». Ante la mirada de súplica de mi esposa, me resigné a calzarme los desgastados zapatos del mando de la policía. Calzado y cabizbajo, fui despedido de la comisaría con caras de mofa de todos los miembros del cuerpo nacional de policía que trabajaban en esos momentos. Mi mujer mantenía su mirada al frente, con gesto huraño, sin ni siquiera mirarme a la cara. Cuando doblamos la esquina de la comisaría, mi mujer miró a uno y otro lado, como para cerciorarse de que nadie nos seguía, y me habló por segunda vez: «ahora ya te puedes quitar los zapatos y seguir andando descalzo si es lo que tú deseas». Con gran alegría en mi cuerpo, nos alejamos rápidamente de ese siniestro lugar. Íbamos cariñosamente unidos de la mano; ella calzada y yo descalzo.



«El gran robo del tren»,
de Porter. EEUU, 1902.

PELO DE PLATA

ÍÑIGO DÍAZ DE OTAZU ARREGUI

El otro día se cruzó

*en mi camino
la voz del viejo.*

*Observé, su pelo de plata
peinado por las arrugas
del tiempo y callé.*

*Escuché su océano de
sabiduría.*

*Y entonces me di cuenta
de que tan sólo soy
un charco de ignorancia.*



*«Avaricia»,
de Erich Von Stroheim.
Alemania, 1923.*

Para la heladera Susana

*Fuimos polo y menta.
Fuimos locura y cura.
Fuimos hielo y fuego.
Fuimos alcohol y borrachera.
Fuimos hostia y sexo*

*y ahora somos susurros
de hasta luego.*



«La pasión de Juana de Arco», de Carl Theodor Dreyer , 1928.

TERNURA PEGAJOSA (a Karen, abril/agosto 2004)

JORGE GIRBAU BUSTOS

Tañir de soledad cada rizo de tu pelo,
cada ola que muere en la orilla,
cada lucha por la felicidad.
Eres tú, uno de esos papiros
a los que le falta su escritura,
y en cada oración que lees
inmediatamente se borra del oxígeno
para ser un adagio naranja.

*Teñir de soledad cada rizo de la soledad
donde la mar este formada por un pez
que dibuje tu reflejo en medio del Mediterráneo
tan dormido que una de tus lágrimas lo renazca
como ese adagio naranja que se mira al espejo,
eres sólo tú, y escuchándote algo se incorpora,
son los peregrinos que salen de la tierra para conquistar
una sonrisa tuya, sólo una plegaria.*

*Teñir de soledad la entrada a tu cuerpo
¡por favor, déjame entrar!
quiero estar postrado a tus pies
como se encuentra Dios con la Naturaleza,
¡un tesoro que no merezco!
¿por qué, por qué?
ese adagio naranja me lo repite,
corriente que entra en mis pulmones,
corriente con un nombre,
corriente animal como un versículo del amor,*

*tú en realidad, no eres una persona
parece que seas la compañera fiel
de mi sueño, sangre de vagabundo
en una agotadora niebla.*

*Un preludio del amanecer
mis ojos infantiles te recitan
como una oración angelical.*

¡Déjame entrar en ti!

*Un beso en una carretera desierta
o un cariño que plasme los Apeninos en tus labios.*



«Ciudadano Kane», de
Orson Welles. EEUU, 1941.

Decepción

*Ha sido difícil
convertirte en personaje de cuento,
ahora me pareces
a una de esas novelas
que siempre concluyen.
Sólo literatura, pura literatura
que sus letras son un pasado.*

*

*Por un momento,
me ha parecido ver a una gata
desenterrando placeres.*

*Por un momento,
he temblado cuando te alejabas
pero todo era un mal sueño,
como la habanera que nunca bailamos,
como la habanera que jamás vivió.*

*

*Sólo en media hora
te puedo ver seis veces.
¡Vivimos tan cerca,
que deseo ser el cartero
de tu niñería!*

*¡No!, sé que todos mis pensamientos
acaban durmiendo en una telaraña,
pero aún así,
te pongo en los hígados la corona de laurel.*

*

*Como una rata me he escondido
al verte esta mañana;
no puedo vengarme
porque eso sería una mediocridad,
miro las teclas y un dolor
recorre mis orificios nasales.*

*Como una rata de cloaca
me ha empezado a doler el orgullo,
deseando... ¡yo qué sé!*



«La Carta», de William Wyler. EEUU, 1940.

MI AMANTE

MARÍA JOSÉ MIELGO

Cuando me preguntaron cómo había acabado, les dije:

¡mejor de lo que yo hubiera imaginado! Rodrigo me preguntó quién era el apuesto, el afortunado que me estaba esperando para abandonarles con tanta premura. No quise contestar con una respuesta concreta. No entenderían aquella relación amorosa que me quitó el sueño y me devolvió la ilusión, porque, al fin y al cabo, no sabían de lo que les estaba hablando. Para ellos, era un mundo desconocido.

Les dejé pronto. Muy pronto diría yo, ante la hora habitual en que suelo despedirme. Pero intuía que después de tanto tiempo, algo iba a suceder. Y, cuando llegué a casa, allí estaba esperándome. Invitándome a una infidelidad, a esa orgía deseada y ansiada. Nada más verla todo mi cuerpo se agitó. Tenía tal magnetismo consigo, que era difícil no sucumbir ante aquella invitación. O tal vez era yo y no ella. Lo cierto es que al día siguiente yo ya no era la misma y qué duda cabe que ella tampoco. Había derramado sobre ella toda mi lava incandescente. Todos mis deseos, mis ansias, mis esperanzas, mis anhelos y hasta mis ilusiones. Ella, lo único que hizo fue dejarse querer, dejarse llevar; no protestó porque la invadiera con cada una de mis sensaciones. Ni tampoco se quejó porque cambiara su apariencia. Supe que lo estaba esperando, de lo contrario, se habría rebelado. En un principio dudé, no sabía cómo empezar. Nunca se me había presentado una ocasión tan clara. Sí sabía cómo seguir, cómo acabar y al final me decidí, no sin antes retar a mi pudor, a mi timidez.

Hacía tanto que lo deseábamos, no entregarse hubiera sido pecado. Pocos entenderían aquella pasión desenfundada, al compás del silencio nocturno. Yo, sin embargo, deseé que duraran aquellas horas una eternidad. O al menos, que volviera a repetirse.

Realmente éramos felices: yo por tenerla, ella por dejarse tener; yo por acariciarla y ella por sentirse útil y saber que alguien la necesitaba. Era necesaria en mi vida. Yo era su complemento. Nada podríamos hacer la una sin la otra.

¡Y llegó el momento! Después de aquel flechazo. Después de aquella «proposición indecente» para llenarla de fluidos sensuales y sexuales, de amor, de una pasión pretérita; de arrojarle los peores improperios —también fue necesario—; de contarle aquella historia que le hubiera gustado acabara de otro modo. De haber tatuado cada poro de su piel con mis ansias, mis besos, mis pensamientos. De permitir cumplir, en ella, cuanto había idealizado. Entonces llegó el momento, mi momento: me sentí como un caballo desbocado; mi mano se aferraba a ella y no dejaba de escupir ideas. Fue un orgasmo que me dejó extenuada. Mi cuerpo, mi mente, mi lengua se habían desahogado a gusto, con tacto, con genio, con gusto. Me despojó de todas mis vestiduras, de lo baladí y me dejó con lo único importante. Sólo deseaba que el tiempo no avanzara. Que no acabara la noche. Y que en un futuro, no demasiado lejano, me brindara otra oportunidad idéntica.

Mi amante aquella noche, fue una cuartilla inmaculada. Su proposición: que le hiciera perder su virginidad. Fue lo que hice.



«El gabinete del doctor Caligari», de Robert Wiene. Alemania, 1922.

ANTIPOESÍA Y DECONSTRUCCIÓN

ADOLFO VÁSQUEZ ROCCA (Dr. en filosofía y teoría de las artes)

La antipoesía es una escritura elaborada a partir de la negación de los rasgos esenciales de otras escrituras y de otros códigos literarios. El antipoema es una contradicción, un contratexto. Es el resultado de la reflexión, pero todavía más, de una indagación llevada a cabo en la práctica poética misma.

La antipoesía es, en el proyecto deconstructivo de *Parra*, un contradiscurso lírico, de resonancias más bien urbanas, donde ya no habla el yo heroico nerudiano, sino el sujeto moderno, irónico y sarcástico, cuyo monólogo fragmentario tiene la desnudez confesional de un documento clínico y la elaboración intelectual de una sátira de los usos del habla formalizada. En su poesía, *Parra* logra integrar por ejemplo el laconismo de *Samuel Beckett* con el humor taciturno de *Buster Keaton*.

El antipoeta, mediante un proceso de descontextualización, incorpora a su obra discursos del habla coloquial: la fórmula científica, la sentencia filosófica, así como los múltiples lenguajes que provienen del mundo industrial y comercial. El antipoeta traslada discursos de lugar. Deconstruye o desmantela la escritura de ellos, los saca del lugar natural en el cual surgen para instalarlo en un nuevo espacio artístico. Es precisamente a estas construcciones poéticas a las que *Parra* llama «Artefactos dramáticos». Ellos son dispositivos poéticos puestos en escena.

Ahora bien, la propuesta *parriana* del «artefacto visual» consiste en una serie de poemas acompañados de imagen donde el *slogan* publicitario, símbolo de la cultura del consumo y del fetiche de la mercancía, es vapuleado desde sus mismas raíces. El origen de esta expresión se encuentra en las clases de «trabajos prácticos» a las que asistía los miércoles por la tarde en el Instituto Pedagógico

de la Universidad de Chile. Es decir, se trata, según los críticos, de la subversión del engendro visual en una época donde las voces de protesta descansan bajo el apacible manto de la mansedumbre globalizadora.

De este modo, *Parra*, con su antipoesía, ha cambiado el lenguaje rehaciendo no sólo el discurso propio sino los más estables relatos que informan y constituyen al lector (la política, la ciencia y la religión); con lo cual el carácter subversivo de su poética ha tenido, tanto un efecto corrosivo entre los discursos institucionales, como uno constructivo en el espacio siempre amenazado de una humanidad zozobranante, de un sentido común hecho de sabiduría popular y tradicional, de un diálogo a favor de los derechos del diálogo. Así, *Parra* ha ensayado otras formas apelativas en sus ecopoemas, en sus chistes (para desorientar a la policía tanto como a la poesía), en sus reapropiaciones de los lenguajes de la publicidad, de la política, de las jergas al uso, que utiliza para desmontar y descentrar a través de una práctica del ready made y de la parodia.

Parra emprende, de este modo, con la antipoesía el proyecto de una sistemática recuperación del habla empírica. Nicanor Parra se vale del slogan publicitario o político, de la inscripción mural, del aviso publicitario, de la sentencia fulminante, del proverbio, de la jerga delictiva, de la formulación científica. Los Artefactos poéticos, resumidos y cargados al máximo de cáustica ironía quieren provocar y lo logran. Prueba de su eficacia es la facilidad con que van pasando de boca en boca, de anuncio en anuncio, no obstante su carácter inédito. Los hay de todas las especies. Declaraciones políticas: «USA/ donde la libertad es una estatua». Reacciones políticas (porque los artefactos explotan en todas direcciones). «La izquierda y la derecha unidas jamás serán vencidas». Salidas del energúmeno: «A mí no me para nadie/ mi misión es salvar al mundo». Proverbios: «De boca cerrada/ no salen moscas». Salidas de madre: «Vergüenza nacional/ tuve que eyacular en el vacío».

Es así como *Parra*, emancipándose de las categorías heredadas del gusto, del estilo y de la lírica, se sitúa en una perspectiva problematizadora, al instalar -como dispositivo desmantelador- su concepción estética, cuyos aspectos principales se refieren a la prescindencia de toda retórica, a la sustitución de un vocabulario poético gastado, por las expresiones coloquiales más comunes,

entre las que no escasean ni la información periodística ni el léxico burocrático, en un contexto general que suele adoptar con frecuencia un carácter conversacional. *Parra* consigue siempre sacar el mejor partido de las palabras, y la incorporación de aquellos elementos considerados durante mucho tiempo atrás como espurios, le permiten describir, cabalmente, los contenidos de la vida moderna.

La antipoesía se transforma, de este modo, también en una empresa de demolición y denuncia de las formas de vida alienadas que promueven las prácticas de la sociedad neoliberal y su economía de mercado.

Es a partir de esta relación con el medio social que el antipoeeta trabaja. Instala su taller, provisoriamente, en cualquier parte. Utiliza todos los materiales a su alcance; materiales lingüísticos propios y ajenos, materiales de deshecho o de segunda mano, citas de otros autores, productos de su propia inspiración y de sus recolecciones, de la búsqueda metódica y del hallazgo casual, de la escritura automática, el flujo de la conciencia y la reflexión, la lucidez y el delirio, el sueño y la vigilia, el pasado y el presente, el ensueño y la pesadilla, los sermones, los discursos políticos, los informes médicos, de prensa, etc.

Parra explora todos los léxicos, siempre buscando hacer más específico el diálogo de la poesía con el lector actual a través de una poesía que, para él, debía cambiar su forma y su formato, su medio y su canal, su hablante y su mensaje. Así arriba a una poesía de formulas o epígrafes, que llamó artefactos, suerte de *hai-kus* urbanos, donde la síntesis crítica y el humor paradójico se unen en imágenes contrastantes, cáusticas y novedosas. Estos artefactos son como cargas explosivas activados dentro de los edificios retóricos.

El habla de *Parra* viene, como se ve, tanto de la elaborada dicción, como también de la rigurosa formulación de las matemáticas; de la primera tiene el subrayado irónico, la distancia crítica ante la comedia retórica; de la otra, la formulación parabólica, que se hace contrastiva de la cotidianidad que registra. Pero, ¿cómo saberlo? Quizá el lenguaje único de *Parra*, sea también el sistema de registro más abierto que ha dado nuestra poesía. Ella es capaz de incorporar los cambiantes lenguajes de la modernidad, aprovechando sus aparatos retóricos que, aunque pasan por lo real, el poeta los maneja como repertorios discursivos.

La antipoesía se constituye, pues, en uno de los más claros ejemplos de los procesos de hibridación en la literatura, el que sin duda se corresponde con un proyecto mayor, el de la ampliación - alteración o trasgresión- de las normas de construcción discursiva propias de la condición postmoderna.

La antipoesía se ha convertido así en la operacionalización del imperativo ético de la deconstrucción, esto es, del desbasamiento de los edificios del logocentrismo normativo. En la apertura a nuevas figuras de razón, en las que se deja entrever la transformación estética de la sensibilidad de la Ilustración por la del cinismo contemporáneo. Donde la ironía es una de las claves hermenéuticas para aproximarse al discurso antipoético y entender los constantes «guiños» que está haciendo al lector. Donde había una moral de la linealidad y univocidad -esto, en el marco de la lógica narrativa- *Parra* introduce pluralidad, multiplicidad y contradicción, duplicidad de sentidos; tensión en lugar de inerciales códigos narrativos, tiranizados por el principio de identidad y de no contradicción -preconizados por la lógica de Aristóteles-, la antipoesía se abre al «así y también asa» en lugar del unívoco «o lo uno o lo otro» , elementos con doble funcionalidad, cruces de lugar en vez de unicidad clara. Para decirlo con un artefacto del mismo *Parra* «Ni sí ni no, sino todo lo contrario. El último reducto posible para la filosofía». De esta forma, finalmente, antipoesía pone en movimiento no sólo un nuevo estilo literario, sino algo mucho más sustantivo, una nueva forma de habitar el lenguaje, una nueva forma de hablar y con ello, de vivir.

Actualmente *Parra* está ya en otro proyecto: escribir la página en blanco. Esta sería una poesía que, en la página, se borrara a sí misma hasta revelar el blanco que ocupa y que la expulsa. Ironía, otra vez, y crítica. Porque tampoco se trata de ir más allá de Beckett, cuya negatividad y pesimismo, reveladoramente, no comparte. El estoicismo irónico de *Parra* termina siempre, frente a todas las pruebas de la deshumanidad diaria, en reafirmaciones del tú en el poema; esto es, en las otras pruebas del acuerdo profundo de hablar para sobrevivir. Así, *Parra* ha escrito la comedia humana de la sobrevivencia en el lenguaje que nos dice y contradice.

ZUHAITZAK DIO

DIEGO ORTIZ DE LANDALUZE

Udazken gordinak desitxuratuta nauka aspaldidanik.

*Hostoz hosto, irrifar eta kolore guztia kendu dit, biluzik utzi nau
jada.*

*Tximista eta trumoi en jomuga, langabetu baldar bihurtu naiz. Enbor
antzu eta zakar honekin, mesfidantzaz baino ezin da hurbildu inor
nire magalera.*

*Txoriak ere alde eginak ditut, nire beso mehe eta zaharkituetan,
beraien kabiak astunegiak omen dira.*

*Bakarrik utzi naute. Noraezean laga nauzu.
Hotza aitzakian korrika bizian ihes egin dute.
Zeuk ere, etxezulo goxora.*

Gero arte neskatxa.

*Har ezazu aterpe sutondoan. Negu gorri-gorria dator. Baina ez
ahaztu, maitea, hemen egongo naizela zai.
Eguzkiaren zai. Zure zai...*



«El perro andaluz»,
de Luis Buñuel.
España, 1928.

SIRIMIRI DE FEBRERO

LUIS GARCÍA ANGULO

La fina llovizna

cae lenta.
parece sentirse atraída
por los charcos y la humedad
de las calles
como por un imán.

El cielo pesado
cuelga a poca altura
sostenido por alguna paloma.
Su color gris verdoso
parece el reflejo
de los jardines sucios.

Yo también me dejo llevar;
mi estado de ánimo decae
contagiado por este día triste
y deprimido sólo pienso en esconderme
en una habitación con estufa,
con las luces encendidas
y la persiana bajada.

FLOR MARCHITA

NEREA GALLASTEGI

Te vi aquel día y me pareciste la persona más triste del mundo. Llevabas un vestido negro muy ceñido y el pelo corto. Había tres o cuatro chicas a tu alrededor, todas espléndidas, con sus vestidos de colores, sus largas cabelleras ondeando a cada movimiento de sus esbeltos cuerpos. Te vi abrir la boca y mover los labios, esos labios finos y sonrosados, un poco agrietados, y luego les vi a ellas reírse a carcajadas, sus bellísimas bocas abriéndose y cerrándose, sus carnosos labios temblando de emoción. Os brillaban los ojos, a todas, aunque los tuyos parecían un poco más apagados y sólo una media sonrisa les acompañaba.

Me pareciste la persona más triste del mundo, una flor que empieza a marchitarse en un ramo de rosas frescas. Y sin embargo, ellas te rodeaban, aspiraban cada una de tus palabras, bebían de ti con una sed insaciable y no paraban de reírse. Me pregunté qué estarías diciendo para hacerles reír de aquella manera que resaltaba su belleza aparente y descubría su belleza oculta. Me pregunté qué misteriosas palabras que incendiaban la euforia de las demás eran capaces de apagar de aquella manera, de marchitarte poco a poco, hasta hacerte desaparecer.

Te vi aquel día y me pareciste la persona más triste del mundo; aunque ahora ya no puedo recordarte, no como si hubieras estado allí, sino como un fantasma, un suspiro, una sensación, una tristeza sobre todas aquellas bellezas, aquellas alegrías, una flor marchita en un ramo de rosas frescas, que no se ve, pero se nota.

En el fondo del mar

*en el profundo silencio azul marino
están todos mis sueños infantiles
cobijados en una gruta de coral.*

*Decidieron escapar de mi memoria
cuando supieron
que nunca iban a transformarse en realidad.*

*Allí se disfrazaron de estrellas
de caballos de mar
de sirenitas,
se convirtieron en lágrimas saladas
en sonrisas de espuma
en suspiros de nácar.*

*Se acordaban de mí
y decidieron entrelazar sus hebras
hasta formar un manto plateado
bordado con filtirés de luna y
vainicas de escarcha.
Adornado con miles de perlas
puntilla de conchas y
flecós de nostalgia.*

*Y allí están... esperándome
Sabén muy bien que un día
cansada de soñar con imposibles
me marcharé con ellos
al fondo de ese abismo violeta
y allí, envuelta en mi mantón
me quedaré por siempre
jugando a ser feliz
con mis muñecas.*



«La Reina de África», de John Huston. EEUU, 1952.

Menorca (verano 2002)

*Desde un acantilado
atalayando el mar
repleta de nostalgia
contemplo el infinito.*

*Desde la soledad
consciente del silencio
rebozada en arena
oxigeno mi ayer.*

*Desde la madurez
agradecida al sol
sumergida en el mar
navego en un suspiro.*

*Desde mi identidad
en paz con el fracaso
archivado el pasado
doy gracias por vivir.*

*Desde mi libertad
recuperada al fin en esta playa
se transforman mis ojos...
(más azules de mar
más limpios de dolor
más radiantes de luz)
en caracolas blancas.*

ELLA

ARANTZA GUINEA FDZ. DE RETANA

Canto de luna,
y una guitarra
que suena,
triste y profunda.

Ella,
tecla de piano
que golpea,
el dulce nombre
que me llega.

Ella,
sinfonía de alegría,
mirada hechicera,
que enamora.

Beso de luna,
mi niña me llama,
sé que me espera.

Ella es la sonrisa,
ella, la esperanza,
ella, la locura.

Con su risa contagiosa,
vive la vida,
de otra manera.

Mi niña,
rayo de luna,
¡huy! qué coqueta.

POESÍA DE NIÑOS CORRIENDO

RAFAEL MORIEL

Estuve en el parque,

frente al ocaso de una tarde soleada.

*La fuente propulsionaba su chorro,
que descendía en gruesas gotas, redondas y brillantes
entre el fulgor de rayos solares.*

*Mi sobrina le había puesto un «churi» a mi perrita, Lola,
que correteaba, preciosa, entre un grupo de niñas
y dos muchachas se hicieron fotos
acariciando a un perro junto a la fuente.*

*Yo fumaba,
mirando descender el chorro
sobre la piscina, circular azulada.*

*Me dediqué un rato a jugar, «pillando» a mi sobrina y a las niñas,
entre los columpios.
Siempre me tocaba «pillar» a mí,
interpretando al payaso tonto
pero disfruté con ello pues ésa era la gracia.*

*Había un bocadillo en el suelo
y las niñas ofrecían sus pedazos a Lola,
forcejeando entre sí por guiarla de la correa.
Después se metieron en un túnel de arbustos y tupida vegetación
con diferentes accesos;
repetieron todas ellas, varias veces,*

asomando por cualquier lado...

*Les gustaba atravesarlo con Lola de la correa,
riendo y vociferando la cogían entre varias,
mareándola,
con pedazos de bocadillo entre sus manos.*

*Y hubo un instante
retirado,*

*observando el parque con su fuente, en el que creí entender que
todo cuanto
englobara un poema,
su nobleza e intención reveladora,
delación y sentimiento,
la propia realidad humana
definitivamente se sucede en la risa de los niños correteando,
retozándose en el esplendor de la tarde.*

*Niños que como yo dejarán de serlo,
observando el chorro de una fuente
fumando cigarrillos.*



«Casablanca», de Michael Curtiz. EEUU, 1942.

HAIZEAK ORRAZTEN

ÍÑIGO (IZAR ILUNA)

Kale bustiak, itsasoa bare,
zerua grisa, zirimiri hotzak
jotzen du nire aurpegia,
badiaren beste aldean, hiriko argiak.

Nire ilea mugitzen du haizeak
harkaitz biluz honen gainean,
goitik behera beltzez jantzita
itsasoak isladatzen nire gorputza.

Nire begiek ikus dezaketen
baino zerbait gehiago bilatzen noa.
Azken ekaitzen ehiztaria naiz
ilunabar euritsu baten galduta.

Ez kresalik, ez portu urrunik,
udako ametsak bakarrik.

Uhinek irudi bat marraztu dute,
eta zeu zara aparezko irudi hori.
Espaloitik bilduta gabiltza
euritako berde batekin eskuan.

Inolako ekaitzik ez zaitu ukituko nire ondoan,
nirekin zauriek ez dizute minik egingo,
inolako euri tantak ez du zure aurpegia igurtziko,
ezta haizeak ere ez du zure irribarrea eramango.

*Nire ametsak itsasoarekin batera doaz,
haizea marrazten du nire gorputzak.*

*Haizeak orrazten, bai,
haizeak orrazten,
Chillidak berak
ez luke hain ondo egingo.*

*Haizeak orrazten, bai,
haizeak orrazten,
nahiz eta batzutan nire bihotza
burdina bezala oxidatu.*

*Baina oraintxe esan maitia
hau ez dela amets izan,
esan oraintxe maitia
asko maite nauzula.*

*Haizeak orrazten, bai,
haizeak orrazten,
uhinak txuliatzen,
sentimenduak forjatzen.*

*Haizeak orrazten, bai,
haizeak orrazten,
ozeanoak presta iezazu
bere hodeiertzea.*

NOCTÁMBULOS**VALERIA MARCON**

La noche la envolvía como un sudario. Caminaba deprisa.

Sus pequeños pies apenas sonaban en el empedrado. Las nubes corrían en jirones, perseguidas por el viento y ocultando la débil luz de la luna. El callejón estaba solitario. Las campanadas de la torre anunciaron la llegada de la media noche. Sus sentidos percibieron a un gato que se escabullía entre los botes de la basura y unos pasos casi imperceptibles. Se detuvo. Silencio. Continuó y los pasos continuaron con ella. Se arrebujó en el pequeño chal que cubría sus hombros desnudos y comenzó a caminar más rápido. Trató de esconderse en un recodo, oculta tras unos contenedores de desperdicios. Esperó. Vio una sombra alargada, proyectada por una farola. El sonido de unas pisadas fuertes llenó sus oídos e, instintivamente, se llevó las manos a la cabeza. Cerró los ojos, como si de aquella manera pudiera apartar la visión de un hombre alto y fornido que vestía con un abrigo negro hasta los tobillos. Unas manos la sujetaron por los hombros y la apoyaron contra la pared. Abrió los párpados con lentitud. Era un joven muy hermoso, pero de mirada cruel. Pensó en salir huyendo, pero comprendió que no podía luchar. Él comenzó a besarla por el cuello. «Otra vez lo mismo. Cada noche ocurre igual. Cuando las sombras aparecen, salgo a deambular las calles como un espectro, buscando una víctima. A veces me siento como ellas. Son tan indefensas... Trato de no pensar, de no atraerlas hacia mí, pero no pueden resistirse. La oscuridad es mi aliada. ¿Vendrás voluntariamente o tendré que cazarte? Esta noche necesito tu sangre. Mi cuerpo está helado de soledad. Perdóname si resulto ser un sicario tenebroso».

El joven emitió un gemido de gozo. Tenía la cabeza hundida entre su cuello, al igual que ella en el suyo. Cuando terminó, dejó

caer el cuerpo sin vida y se limpió los labios de sangre. Una luz maligna iluminó unos ojos sobrenaturales en el rostro de una jovencita de quince años. Se acomodó la falda y volvió a cubrir sus esbeltos hombros con el chal. Miró por última vez al joven de abrigo negro que yacía muerto sobre el frío pavimento. Sonrió y unos pequeños colmillos sobresalieron de sus suaves labios. Desapareció con el aire de la noche. El gato maulló y salió de su escondite. Se subió al cuerpo del joven y lamió la sangre que quedaba en las heridas de su cuello.



«Gigante», de George Stevens. EEUU, 1956.

LA BASÍLICA DE ARMENTIA

ELENA ZUDAIRE

Tenía la sensación de haber dormido durante horas. Sentía frío. Y escuchaba aquellas voces de fondo que le confundían aún más. Voces que venían desde arriba. Y esa sensación de humedad que se calaba en su cuerpo, como si estuviera desnudo...

Había luz. Una luz amarillenta que se colaba por sus párpados. Se removió y notó que su lecho era más pequeño de lo que recordaba. Abrió los ojos. Y se asustó tanto que volvió a cerrarlos de inmediato.

Pero, ¿qué estaba pasando? Comenzó a recordar como quien se esfuerza en reconstruir un sueño. Recordaba la batalla, el dolor, el vacío y la sensación que tuvo cuando logró verlo todo desde fuera. Infinidad de cadáveres a su alrededor. Y unos hombres, vasallos de la aldea, que cargaron con el suyo en una carreta tirada por un caballo. Nunca entendió por qué le dejaron descansar allí. Pero lo agradeció con humildad. Al menos, aquél lugar tenía garantías de ser tranquilo. El círculo de paz le protegió de los saqueos. Y sabe Dios de cuántas cosas más. Había pasado tanto tiempo... Demasiado, desde luego.

Lo suficiente como para no entender dónde estaba ahora. Estaba claro que el lugar era el mismo. Pero, ¿qué eran aquellas cosas que colgaban de las bóvedas e irradiaban aquella luz cegadora? No eran antorchas ni nada que él recordara haber visto nunca. ¿Y quiénes eran todas esas personas? Esforzándose por que no le venciera el temor a lo desconocido, obligó a sus párpados a levantarse. Miró de reojo hacia un lado y otro y reconoció la caja de madera. Una sensación de angustia se apoderó de su estómago... inexistente. Le habían hablado del limbo, del purgatorio... Pero nadie le advirtió de esa extraña resurrección. Era obvio que ninguno de los que le miraban desde aquél balcón de madera, se percataba de su presencia. Así que era esto... Algo había fallado. No tenía pinta de estar ni en el cielo, ni en el infierno.

Alzó la mirada y reconoció el muro del templo. El que estaba a su derecha parecía posterior, aunque era obvio que la construcción

no era la misma. El resultado, según sus pocos conocimientos de arquitectura, no le agradó demasiado. Dedujo que aquél templo había sido ampliado, porque no recordaba haber sido enterrado entre las cuatro paredes que ahora tenía ante sí. Ni tampoco reconocía la estructura de madera que tenía enfrente. Sobre ella le miraba el grupo de personas a quienes pertenecían las voces que tanto le habían asustado. Vestían unos ropajes extraños. Había señoras y hombres, mezclados entre sí. Una de las mujeres, joven, morena, parecía estar explicando algo. Utilizaba un lenguaje que reconocía, aunque con unos giros totalmente extraños para él. Entendió que aquella chica estaba explicando a los demás la historia de aquel lugar. Mientras, todos clavaban sus ojos en su féretro, y adoptaban una expresión de asombro. Las mujeres llevaban pantalones, los hombres no portaban ninguna espada... Pero ¿en qué tiempo había querido el destino que despertara?

Sin embargo, pensó que, desde luego, su aspecto también debía resultarles asombroso. Él mismo echó un vistazo y adivinó un conjunto de huesos que un día le perteneció, que hace siglos estaba cubierto de piel, de carne, vestido con las mejores telas traídas de países lejanos. Su miedo fue sustituido por una especie de humillación, de tristeza. Había sido uno de los caballeros con más renombre de toda la comarca. Y ahora era simplemente un recuerdo en forma de esqueleto semi pulverizado. Ni siquiera aquella chica sabía explicar quién era... Un precio demasiado alto para tantos sacrificios y una muerte tan horrenda.

Una oleada de nostalgia pasó por su mente de espíritu. Recordaba su vida de lujo, de batalla. A su cerebro acudió el recuerdo de aquella manceba que nunca supo de su amor. Sabía que había cumplido con su trabajo. Sabía los riesgos que conllevaba dedicar su vida al rey. Y reconocía que había sido afortunado, al fin y al cabo. Ahora podría estar perdido en cualquier fosa, mezclado físicamente con restos de otros desconocidos. Por lo menos, despertó en un lugar familiar que, de alguna manera, era lo más parecido a estar en casa.

Decidió echar un vistazo fuera del edificio. No las tenía todas consigo pero logró atravesar el muro más reciente con una facilidad asombrosa, casi macabra... La luz que provenía de aquellas cajas cuadradas de color negro fue sustituida por un sol resplandeciente.

Avanzó un poco más... y se dio cuenta de que no necesitaba caminar. Era como si se resbalara por el suelo terroso, como si levitara. A su alrededor había una pared opaca, sobre su cabeza otra estructura de madera. Y, de pronto, reconoció a su izquierda, en el suelo, un trozo de aquel círculo de paz que le había protegido durante siglos. Ahora sólo era una especie de foso excavado en el suelo y cubierto de moho verde. Casi una blasfemia, pensó. Más huesos, extrañas herramientas... Dios mío ¿dónde estaba?

Repitió la operación y se deslizó a través de la pared casi transparente. La luz del sol le cegó en un primer momento. Cuando su vista logró acostumbrarse, vio cuánto había cambiado todo aquello. Una gran campa con hierba cortada a ras de suelo, indiscutiblemente cuidada. A lo lejos, caminos grises y aparentemente firmes, con rayas pintadas en el firme. Máquinas metálicas, con ruedas negras que se movían solas, como fruto de un conjuro, que transportaban a más personas. Algunos ancianos paseando, mujeres empujando de increíbles carritos con niños sentados... Demasiada información para escasos minutos de regreso a la vida.

De pronto tuvo ganas de llorar. Se tumbó sobre la hierba fresca y comenzó a sollozar como un bebé perdido en un mercado lleno de gente. Los caballeros no lloran, se repetía una y otra vez. La bofetada de aquella realidad apartó de un manotazo todo su entrenamiento de valentía forjado después de tantos años. Allí sentado se sentía incapaz de mantener la calma. Volvió a su tumba y se recostó para reflexionar sobre todo aquello...

* * *

María bajó por enésima vez en aquella mañana las escaleras provisionales construidas en la basílica. Echó un vistazo rutinario a las tumbas y, de pronto, justo cuando su cerebro corroboró que todo estaba en orden, se percató de un pequeño detalle... Algo insignificante, casi imperceptible para alguien que llevaba días dirigiendo las visitas guiadas del templo. En uno de los sepulcros, el esqueleto parecía haber cambiado de postura. Como si se hubiera acomodado en el hueco donde yacía. Los restos de su mano derecha, descansaban sobre las costillas que cubrían el lugar donde, un día, latió el corazón de su dueño...

EXTRACTO DE «LA HIJA DE JUSTINA (FLOR DE LA JARANDINA)»

RAMÓN PIZARRO DE HOYOS

Haz que el **silencio**, heróico guerrero triunfador del Ruido, sirva para vigilar vuestro sueño, todas calladas, felices y juntas; más que hablar **escucha**, porque es seguro que así se aprende más; no permitas que te contemplan, mira tú, que la **belleza** es una paloma que vuela alto; y a la hora de **mirar** no lo hagas al suelo, sino de frente y a los ojos, siempre buscando la verdad, la amistad y el amor; piensa que el rosal no es tuyo y las **flores** son de todos; practica las reglas del poeta y aprende que **sólo se puede mirar a otra persona hacia abajo, si es para ayudarla a levantarse**; toma fuerzas amándote tú para poder **amar** a los demás; no busques como un poseído o naufrago **la paz**, dála tú; piensa en **la vida** no como producto, sino como proceso, y viajando siempre con los demás, jamás solo; convéncete de que **la serenidad** se consigue con tu paz conquistada, la que has pactado contigo, desnudo y sencillo, no con tus ambiciones insatisfechas; considera que **la felicidad** es la medalla que deseas intentar ganarte en la carrera de la vida, luchada con generosidad y son trampas; ten en cuenta que el **milagro** diario es poder continuar soñando en **el amor** y con los relojes puestos a la misma hora; impide que **el odio** sea inquilino de tu corazón y si en algún momento te lo encuentras de *okupa*, invítalo a salir con comprensión y sin violencia; cree en el principio de que «nadie puede ser **dueño** de nadie y todos son dueños de todos», que no exista en tu mundo el amo, el de poseer y mandar, sino el amo de querer y dar, abandónate a la posesión del *Amor* sin cadenas ni esclavos; haz **el camino** que sepas, es el seguro para volver a casa; persuádetes de que **la aventura del vivir** es la compañía para escuchar penas y alegrías de los otros y así poder llorarlas y reírlas, sobre todo reírlas juntos; deja la **puerta abierta** para que libremente entren las ideas

de los demás y salgan las propias, aunque sólo sea para encontrar un regreso honorable; cree en el **buen futuro**, aunque **Dios** no exista, o deja que tu esperanza **Le** fabrique; piensa todo, lo inmediato, lo cercano, lo próximo, lo lejano, somos ellos (vosotros) buscando el yo (nosotros), y como para renacer hay que morir, ¡entierra entonces tus miserias inútiles!; y no abjures de la vida para poder prescindir de la muerte...

«La Dolce Vita», de Federico Fellini. Italia, 1960.



EZ DAKIENAK IKASI EGITEN DU...

INAXIO LOPEZ DE ARANA

Urteen poderioz,
ez dakienak ikasi egiten du
zeinen desberdinak diren
esku bati eustea
eta arima bat kateatzea.
Eta ez dakienak ikasi egiten du
maitatzea eta inorekin oheratzea
ez direla zertan esanahikide izan,
eta inor ondoan izateak
ez duela zertan segurtasunik eman.
Eta ez dakiena hasten da ikasten
musuak ez direla kontratu,
ez eta opariak promes ere.
Eta ez dakiena hasten da
bere porrotak onartzen,
burua zut eta begiak zoli dituela.
Eta ez dakiena hasten da
bere bideak zirriborratzen
soa gaur egunean tinko finkaturik,
bihar-etzitako lurra
ez baita balizko uztak biltzeko
behar bezain egonkorra.
Etorkizuna zapuzteko
ezer gutxi behar da.

*Eta urteen poderioz
ez dakienak ikasi egiten du
eguzkiaren izpirik gozoenak ere
zernahi irakiten jar dezakeela.
Hortaz, nork bere lorategia eratu behar du,
bere arima apaintzeaz batera,
inork lorerik ekarriko ote dion
zain egon gabe.
Eta ez dakienak ikasi egiten du
eutsi egin diezaiokeela,
indartsua dela,
baliagarria dela.
Eta norberak ikasi eta ikasi egiten du...
eta egunero ikasten du zerbait.*



*«Bienvenido Mr. Marshall», de
Luis García Berlanga. España,
1952.*

EPÍSTOLA

ISABEL MELLÉN

Que mi mente torturada por el fragor de tu ignorancia hacia mi sentimiento atormenta en lo inocuo de mi lamento. Que mis manos magulladas de tanto cortar el viento que separa tu cabello te buscan y reclaman las caricias anheladas. Que tú me rozas el alma con los gestos y miradas. Que la tosca cruz cuyo peso soporta mi pecho alimenta la fe que alimenta mi maltrecho sentimiento. Que la vida entera no abarca para sufrir este tormento. Que espiro y espero el sueño mientras revives en el recuerdo que se apaga. Que la luna me sorprende cuando miro a tu ventana. Que hasta el roce más leve eleva miríadas de flores aladas en mi pensamiento. Que si me dijeras que ya no te quiera yo niego el amor del momento. Que el halo que envuelve tu cuerpo me asfixia y se enreda en mi garganta. Que la luz que tu iris irradia me ciega y me impide ver el alba. Que el más fuerte y puro sentimiento que corroe mis entrañas es, sin duda, quererte, con la mente, con la vida y con el alma.



«Una noche en la ópera», de los hermanos Marx. EEUU, 1935.

DULCE DE MEMBRILLO

CARMELA VICENTE

A mi amiga chilena

Qué dulce dejas mi alma

cuando me regalas
tu sonrisa...

¡Qué beso de flores blancas!,
qué caricia
tus palabras a mi oído,

qué abrazo cálido
cada encuentro el martes,
aunque sea trece,
o del jueves quince
¡«niña bonita»!...

Sí,
qué buena tu sonrisa franca,
tu caricia de palabras
sin sombra,
tu abrazo,
a veces de silencio,
cada seis de la tarde,
martes — jueves
trece — quince
y edad — media.

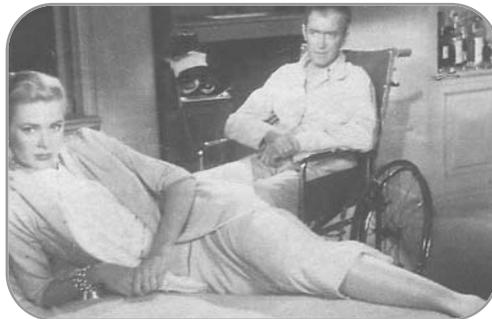
Qué profundo este otoño
de membrillos en sazón
y de hojas sueltas.

EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS

ADOLFO MARCHENA

EN TU CABEZA EL PELO ES UN GUERRERO (4)

Y supe de tu nombre por la lujuria y los gritos
de bacantes que tocaban platillos y tambores.
Danzaban extasiadas en el rito báquico, casi
desnudas. Me encontraba oculto al amparo
de las llamas, escapando de sus ojos y su fuego.
Y sobre mí caía el aliento de la noche, cerrada
como labio sellado de Polidectes convertido
en estatua de piedra, quien tratando de forzar
a Dánae obtuvo el castigo de Perseo. Supe
entonces de tu cabello hechicero y de tu nombre;
Arne, quien traicionase a su patria, la isla de
Sifnos. Y me armé de silencio aguardando la
madrugada, esperando la borrachera de las
Mínades y así partir en su busca, a su acecho
y vengar como Peleo vengó la muerte de su Crántor.



«La ventana indiscreta», de Alfred Hitchcock. EEUU, 1954.

ERA OTRO TIEMPO, SÍ. LOS DÍAS TUYOS (7)

De paciencia, de quedarse quietos. De nombrarse en la apariencia convirtiéndola en cristal de laberinto. De tu hilo conduje al camino el borde de una mar debilitada. Antes de Quíos hube de morir tres veces. El caos como una bestia después de los días tuyos, antes que la creación y todos los dioses, y conocí al Erebo, la Noche, el Día, el Éter y el Tiempo y supe que no tenías edad, que eras más fuerte que la nada porque la constituías con el misterio del abismo. Y sentí el escalofrío todo en mis huesos y dudé que hubiera bestia más terrible. Y desperté de golpe y supe que habitabas para siempre en mi recuerdo.

LA PIEDRA EN CADA VIAJE ES MÁS PESADA (11)

Los bosques de Maratón son húmedos y extraviados. Reposan los restos del toro de Creta y de los persas vencidos por Milcíades. Pronto habré de divisar Ítaca, reflexión de noche y día para el hallazgo o el regreso. Tú me esperarás y yo volveré pesado, como anclado en un fondo de mar distante. Habrá besos y un abrazo enconado, habrá el llanto de siete años de ausencia. Mirarán mis piernas fortalecidas y mis heridas secas. Quimérica fatiga. Aún no he saciado el encuentro con Arne, y el combate a muerte. Aún la embarcación está amarrada y los hombres beben.

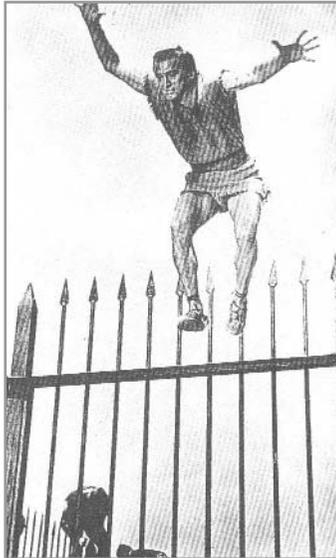
POEMA B

PLÁCIDO PIGNATARO RUBÍ (Caracas)

B

Amor mío,
*mantente
alejada
de las vacunas.*

Yo,
*adoro
tus enfermedades.*



«Espartaco», de Stanley Kubrick. EEUU, 1960.

SERÁ DEBAJO DE LA CAMA

MARIO MELÉNDEZ (Talca, Chile)

Será debajo de la cama, amor

*haremos a un lado
lo que sea necesario
tal vez un par de botas
perdidas en el fondo
o la infaltable bacinica
con olor a océano.*

*Será debajo de la cama
y no podremos revolcarnos
nadie estará sobre nadie, amor,
porque en un sólo movimiento
nos comeremos el aire
en una sola caricia
se apagarán nuestras vidas.*

*Será debajo de la cama, amor
yo rozaré como pueda
tus caderas apretadas
rozaré tu herida abierta
si me enseñas el camino.*

*Pero no debes gritar o hablar
porque nos escucharán
sólo el latido de tus piernas
bastarán por esta noche
tu boca pegada al polvo
será la enredadera
que inundará mis paredes
y yo, debajo de la cama
me arrastraré dentro de ti.*

ALTERNATIVAS LITERARIAS

EL CINE: LUCES Y SOMBRAS DEL SIGLO XX

No sé muy bien de qué modo comenzar a relatar la historia del séptimo arte. Aunque, lo que está claro es que adentrarnos en ella supone un reto fascinante, al menos para alguien como yo, que como ocurre con los protagonistas de «Cinema Paradiso», siempre amé el cine con pasión. En los siguientes párrafos, detallo lo más destacado del cine en el Siglo XX, conformando un recorrido abreviado aunque intenso, subjetivo pero en ánimo constructivo, de lo que a mi juicio fue lo mejor e imprescindible.

1900-1909: el cinematógrafo, inventado en 1895 por los hermanos *Lumière*, comenzaba a abrirse paso como forma de expresión artística, despertando un gran interés. Un nombre sobresale en esta época como autor de imágenes inolvidables: *Georges Méliès*, considerado el padre del cine fantástico, gracias a películas como «*Hombre de cabeza de caucho*», «*Cenicienta*», etc.

1910-1919: esta década comienza a proporcionarnos las claves del cine para épocas futuras. Destacan nombres como *Chaplin*, *Lubitsch* ó *Cecil B. DeMille*, entre otros.

Es el tiempo del cineasta *D.W.Griffith*, que dejó dos obras maestras absolutas para la historia del cine: «*El nacimiento de una nación*» (1915), acusada de racista por mostrar al Ku-Klux-Klan y, sobre todo, «*Intolerancia*» (1916), con la que quiso resarcirse de tales acusaciones, realizando un fresco histórico que muestra las consecuencias de la intolerancia política y religiosa; para ello, toma como inspiración cuatro relatos (*La Caída de Babilonia*, *La Pasión de Cristo*, *La Noche de San Bartolomé* y *la historia de un huelguista condenado a muerte*), que son narrados con mano maestra, logrando una factura técnica sobresaliente.

1920-1929: esta década nos dejó la confirmación del cine alemán, como el mejor logrado en aquellos años, gracias a lo que se dio en llamar expresionismo. Cineastas de la talla de *Fritz Lang*, *F.W.Murnau*, *Joseph Von Sternberg*, etc. También destacan otros cineastas europeos, como el danés *Dreyer* («*La Pasión de Juana de Arco*»), el ruso *Sergei Eisenstein* («*El Acorazado Potemkin*»), o el francés *Abel Gance* («*Napoleón*»). Otro dato importante es que en esta década se comienza a realizar cine sonoro. En concreto, el primero fue «*El cantor de Jazz*»(1927).

«*Metrópolis*»(1926), película de *Fritz Lang*, fue una visión futurista que mostró el peligro de que en una sociedad futura, las máquinas pudieran esclavizar a los seres humanos. Esta magistral película mantiene grandes paralelismos con la también magnífica y posterior «*Blade Runner*»(1982).

1930-1939: es en la década de los 30 que aparecen varios cineastas que llegarán a ser pilar básico del Hollywood dorado, como por ejemplo *Howard Hawks* («*Scarface*»), *John Ford* («*La diligencia*»), *Frank Capra* («*Que bello es vivir*»), *Victor Fleming* («*Lo que el viento se llevó*»), o *William Wyler* («*Jezabel*»). También destaca en Europa la irrupción de *Jean Renoir* («*La gran ilusión*»), *Luis Buñuel* («*El perro Andaluz*»), del alemán *Max Ophuls* («*Amoríos*») y del genial británico *Alfred Hitchcock* («*Sabotaje*»). Además, un gran genio, *Charles Chaplin*, nos dejó una de sus obras maestras, «*Tiempos modernos*»(1936), en la cual realizó una denuncia de la realidad social, del egoísmo y del capitalismo salvaje.

1940-1949: en esta década siguen emergiendo cineastas de la talla del francés *Robert Bresson* («*Ángeles de pecado*»), *John Huston* («*El tesoro de Sierra Madre*»), *Michael Curtiz* («*Casablanca*»), *Billy Wilder* («*Stalag 17*») o los ingleses *Carol Reed* («*El tercer hombre*») y *David Lean* («*Breve encuentro*»).

Fue en 1941 cuando un joven y renovador cineasta se reveló al mundo, con una soberbia y megalómana biografía, «*Ciudadano Kane*»;su nombre era *Orson Welles*, quien con gran agilidad expositiva describía la vida del magnate de la prensa *W.R.Hearst*. Se trata de un film que, visto hoy día, continúa resultando apasionante; una

historia de ambición, riqueza y miseria moral narrada por el gigantesco autor de «*El extraño*», «*La dama de Shanghai*», «*Sed de mal*» o «*Campanadas a medianoche*».

1950-1959: surge el neorrealismo en Italia de la mano de Vittorio de Sica («*Umberto D*»), Luchino Visconti («*Obsesión*»), Roberto Rossellini («*Stromboli*»), Michelangelo Antonioni («*Las amigas*»), o el gran Federico Fellini («*La Strada*»). Por otro lado, surge en Francia la *Nouvelle Vague* de la mano de nombres como Françoise Truffaut («*Los 400 golpes*») o Jean L. Godard («*Al final de la escapada*»), y en España despunta Luis G. Berlanga («*El verdugo*»). Ya en Hollywood, a directores de anteriores décadas vienen a sumarse gente como Elia Kazan («*Viva Zapata*»), Anthony Mann («*Tierras lejanas*»), J.L. Mankiewicz («*Eva al desnudo*»), o Vicente Minelli («*Gigi*»); además, cabe destacar el auge del cine japonés, al que contribuyen decisivamente tres cineastas: Y. Ozu («*Cuentos de Tokyo*»), K. Mizoguchi («*Cuentos de la luna pálida de Agosto*») y el grandísimo Akira Kurosawa («*Rashomon*»).

Quizá se trate de la mejor década para el cine, en cuanto al número de obras maestras realizadas, de las cuáles una de ellas sería «*Vértigo*»(1958) de Hitchcock, turbador film acerca de necrofilia, muerte y obsesión, con la habitual maestría del mago del suspense.

1960-1969: década que deja aires de cambio, ya que entre ésta y la siguiente, surge quizá la última gran generación de un estilo de hacer cine en vías de extinción. Directores como Sam Peckinpah («*Grupo salvaje*») y su *Western* crepuscular, George R. Hill («*Dos hombres y un destino*»), Arthur Penn («*Bonnie and Clyde*»), Francis F. Coppola («*Demencia 13*») o Dennis Hopper («*Easy Rider*»), en América. En Europa destaca la irrupción del *Spaguetti-Western* cuya principal figura fue Sergio Leone («*Hasta que llegó su hora*») y en Polonia emerge el talentoso cineasta Roman Polanski («*Repulsión*»).

En los sesenta, dos películas destilan epicidad, romanticismo y belleza. La primera es «*Espartaco*»(1960), del gran Stanley Kubrick, precioso canto a la libertad y brillante manifiesto anti-escla-

vista de obligada visión; la segunda es «*Dr. Zhivago*»(1965) de *David Lean*, maravilloso fresco sobre la Revolución Rusa y el debate de un médico entre dos amores.

1970-1979: aparece una gran generación de cineastas norteamericanos, apoyados entonces por el rey de la *serie B* independiente, *Roger Corman* («*La tienda de los horrores*»); gente destacada como *Martin Scorsese* («*Alicia ya no vive aquí*»), *Brian de Palma* («*Carrie*»), *Steven Spielberg* («*Tiburón*»), o *George Lucas* («*American Graffiti*»), además de los ya citados *Coppola* y *Hopper*, fueron impulsados por *Corman*; también destaca el genio de *Woody Allen* («*Annie Hall*»), *Michael Cimino* («*El cazador*») y el considerado como el último director clásico, *Clint Eastwood* («*El fuera de la ley*»). En Italia emerge *Bernardo Bertolucci* («*Novecento*»).

En 1972, *Coppola* realizó lo que en principio se concibiera como un proyecto de película de *gangsters*, basada en una conocida novela de *Mario Puzo*, en la que los productores no creían demasiado. Así nació «*El Padrino*», que llegaría a convertirse en un monumento cinematográfico, dando lugar a una segunda parte, tanto o más monumental que la anterior, e incluso a una tercera. Resaltar, asimismo, el film de *Akira Kurosawa* «*Dersu Uzala*»(1975), hermoso canto a la relación entre el ser humano y la naturaleza.

1980-1989: surgen un menor número de destacados cineastas, como por ejemplo *Oliver Stone* («*Platoon*»), *Robert Redford* («*Gente corriente*»), o *David Lynch* («*El hombre elefante*»), en América. En Europa destaca el alemán *Wolfgang Petersen* («*El submarino*»), al español *Pedro Almodóvar* («*Átame*») y a los británicos *Hugh Hudson* («*Carros de fuego*») y *Ridley Scott* («*Legend*»), además en Australia destaca *Peter Weir* («*Gallipoli*»). El maestro sueco *Ingmar Bergman* realiza «*Fanny y Alexander*»(1983) turbador film sobre dos hermanos en una familia de artistas; sobresalen, además, «*Blade Runner*»(1982) de *Ridley Scott*, una desoladora visión de un futuro en el que seres artificiales toman conciencia de su esclavitud, y las personas están deshumanizadas. «*Érase una vez en América*»(1984) de *Sergio Leone*, nostálgica obra maestra de amistad y traición entre mafiosos.

1990-1999: llegan en esta década los directores de hoy, como el neozelandés *Peter Jackson* («*Criaturas celestiales*»), director -ya en el Siglo XXI- de la trilogía de «*El Señor de los Anillos*», el español *Alejandro Amenábar* («*Tesis*»), el estadounidense *Quentin Tarantino* («*Pulp Fiction*»), *Tim Burton* («*Ed Wood*»), o el veterano *Michael Mann* («*El dilema*»).

En 1992, *Clint Eastwood* rueda el último gran *Western*, «*Sin perdón*», con el que despojó a los tiroteos y duelos del *Far West* de su romanticismo, desmitificando brillantemente la violencia. Además, en 1999, *David Lynch* realiza «*Una historia verdadera*», emotiva historia real de un hombre que cruzó parte de E.E.U.U. con la intención de visitar a su hermano moribundo, con el cual lleva largo tiempo sin hablarse.

Esto es, en definitiva, lo que a mi juicio destacaría en el cine del pasado Siglo XX, aunque me habré olvidado de otros muchos nombres, pues a la hora de nombrar a cuantos podrían figurar, bien pudiera titular el artículo como «La Historia Interminable».

Gorka Tirado.



«*Con faldas y a lo loco*», de *Billy Wilder*. E.E.U.U., 1958.

PÁGINA SOLIDARIA

Quienes hacemos "La Botica, revista literaria", colaboramos con organizaciones humanitarias como «Médicos sin fronteras». Tú también puedes hacerlo, por medio de donativos en las condiciones en que te sea posible.

Si colaboras, comprobarás lo bien que te sientes después.

Por el dinero que inviertes en un paquete de tabaco o en tomarte un café o una cerveza, otras personas pueden ser atendidos por médicos, al igual que tú, que como habitualmente lo tienes resuelto, ni te preocupas por ello.

Si colaboras, comprobarás lo bien que te sientes después.

Si en lugar de comprar un regalo de cumpleaños en un centro comercial, te molestas en hacer el pedido por medio de UNICEF, estarás colaborando a que otras personas tengan acceso a alimentos y necesidades primarias que tú de sobra tienes cubiertas.

Si colaboras, comprobarás lo bien que te sientes después.

Médicos sin fronteras: www.msf.es

Nou de la Rambla 26 08001 Barcelona
tel.: +34 933 046 100 | fax: +34 933 046 102 |
Información: **902 30 30 65**

UNICEF-Comité Álava

Fueros, 24
01005 VITORIA
Tel. **945/14-55-48**
Fax. 945/13-32-97
u.alava@unicef.es

UNICEF: www.unicef.es

paisvasco@unicef.es

UNICEF-Comité

Guipúzcoa
Miracruz, 32
20001 SAN SEBASTIAN
Tel. **943/27-11-61**
943/27-97-84
Fax. 943/28-80-24
gipuzkoa@unicef.es

UNICEF-Comité Vizcaya

Ledesma, 18 (ADMÓN. y TIENDA)
48001 BILBAO
Tel. **94/424-11-55**
94/424-39-93
Fax. 94/423-89-67
Bilbaoadm@unicef.es



Ayuntamiento
de Vitoria-Gasteiz
Vitoria-Gasteizko
Udala

Arabako
Foru Aldundia
Euzko Legeak
1978. Urtekoak



Diputación
Foral de Álava
Departamento de Cultura,
Institución y Deportes